

Mercado y Hype

Jose Calvo*

No sé si sabe usted qué cosa es mercado, pero *hype* es lo mismo que mentira. Viene de hipérbole, que los americanos han abreviado para designar un tipo especial de mentira; como la que usan los Pescadores y los cazadores, cuya presa y aventura es siempre mucho más grande en la narración.

Se aplica ahora con especial exageración en el mercado y en el paradigma de su extensión global, donde todo se define en términos de eficiencia y productividad, y donde estas dependerían exclusivamente del procesamiento y transmisión de la información, que es como un sinónimo del conocimiento. Quienes codifican y transmiten ese conocimiento se llaman *capital humano*. A los demás no les podemos dar ni el título de humanos: son unos *untermenchen*; ineficientes e improductivos. Usar esa chusma subhumana para incorporarse al *mercado* es aprovechar ventaja comparativa; cruel por los bajos salarios -lo que hacen esos paisecillos centroamericanos. Pero usar el capital humano -como los 2.000 trabajadores de INTEL aquí- es aprovechar la ventaja com-pe-ti-tiva.

Es de suponer que las decenas de miles de costureras de Bali y las otras maquilas *low end* se pueden clasificar fuera de la especie humana para que no pesen negativamente en las estadísticas del progreso. O que las podamos transformar en *capital humano* para que ganen bien, aunque habría que meter allí también a los miles de médicos, agrónomos, microbiólogos, ingenieros, etc., que tampoco consiguen trabajo, pero que lo conseguirán cuando hagamos el tejido empresarial, si es que no se mueren de hambre antes, en cuyo caso ya no habrá problema: el mercado es duro: un vendaval que destruye la incompetencia, -sobre todo en los que no tienen palancas políticas- y hace sobrevivir a los más aptos -que por coincidencia están también en el PUSC o en el PLN. Es verdad que ahora la INTEL importa toda su materia prima, la maquila aquí, la exporta, y deposita el importe en *la Chase Manhattan*. Pero esto es porque, como nos ha dicho Porter, no tenemos un tejido empresarial (¡gran noticia!), todo lo cual se va a solucionar con el IV modelo de desarrollo que se llama Impulso: una especie de Gran Salto Adelante, que esperamos no resulte un panzazo como el anterior. Es verdad que estas empresas proveedoras necesitarán ayuda, estímulo, aliciente, o atractivos, -todas las palabras que se usan para evitar el nombre de *subsidios*. Porque subsidios es sólo lo que piden los agricultores cuando se oponen al arancel cero para los alimentos excedentarios gringos; abundantes por razón del estímulo, el aliciente, o el atractivo; lo que por cierto también recibe INTEL en Costa Rica. Con estos agricultores ticos no hay nada que hacer, pues todos sabemos que son ineficientes -ni siquiera pueden *güeler* el camino sin bajarse en cada cruce a preguntar por dónde cogen, como hacen los turistas, que todavía dejan más que la agricultura... y más que INTEL, - y se viven recla-

* Agrónomo zamorano, B.S. y Master en Agronomía de la Universidad de Florida, y Ph.D. en Entomología de la misma universidad. Ha sido dirigente agrario en UPANACIONAL durante los últimos 18 años y fue asesor del diputado Guido Vargas Artavia del Partido Acción Laborista Agrícola.

mando por los trámites, las regulaciones y los permisos que les exige el capital humano, y por la falta de caminos. No han caído en la cuenta de que la digitalización -que incluye no sólo el dedo- nos va desmaterializando y espiritualizando, de modo que ya no vamos a necesitar cosas, sino que pronto andaremos todos flotando en una especie de cristosfera, presumiblemente con estratos: el capital humano más arriba.

El cargo de ineficiencia contra los agricultores es viejo, y su origen es más bien arrogancia urbana que ideología de mercado. Sabemos ahora que ese menosprecio del agricultor típico (el campesino) es un fenómeno mundial, como lo hemos discutido detalladamente en nuestro libro *La Reconversión Agrícola y El Agricultor Campesino*, y que es un menosprecio absurdo cuando estos producen ahora mismo las 4/5 partes de la alimentación del mundo. Pero es en los países subdesarrollados -donde son más importantes- donde más se les menosprecia. En los países industriales los menosprecian, pero los ayudan. Citemos una respuesta que hicimos en la revista *Agroindustria* de Febrero de 1981 a un ministro que no es ningún neoliberal y nos acusaba de ineficientes:

El que ha trabajado por años en nuestra producción sabe muy bien que ninguna sociedad puede superar su propio nivel cultural en la aplicación de una tecnología: ni en la agricultura, ni en la industria, ni en el plan vial, ni en nada.

Esto es como un heraldo del *tejido empresarial* cuando Porter de repente ni había nacido; pero no un reclamo por derechos de autor. El hecho es que ninguno de los países industriales cree que su seguridad alimentaria se puede dejar en manos de la ventaja comparativa, y la competitiva está trasladando los cultivos tropicales tradicionales al norte mediante la modificación genética, de modo que si no podíamos competir con maíz, ni con arroz, ni con frijol, ya no podemos con papa, y pronto modificarán el maíz con los genes de un edulcorante 500 veces más fuerte que el azúcar de caña, y producirán toda su azúcar y más, como si ya mismo no tuviera el mundo un problema de excedentes, y de desperdicio.

Ya sabíamos que INTEL sola no podía hacer *cluster*, y lamentamos enterarnos de que ya estamos perdiendo las esperanzas de atraer más inversiones *hi tech*, como perdimos la de la exportación no tradicional, por lo que ahora se está pensando sólo en los servicios. Pero claro que no en comprarlos; sólo en venderlos. ¡Así es como nos quieren incorporar a la agenda global!

Llega un momento, cuando estamos oyendo una historia de pescadores, en que el pescado resultó ser más grande que una ballena, y todos sabemos que es puro *hype*. Pero una de las características de la mentira, es que la termina creyendo el mismo mentiroso. Aunque tiene otra característica más ominosa. Como decía el Dr. Goebbels: "una mentira repetida muchas veces, se convierte en una verdad". Este es de hecho uno de los puntales de *el mercado*, y se llama publicidad, aunque por sus connotaciones políticas evidentes, la deberíamos llamar propaganda.

Entre las contradicciones con el paradigma de libertad de mercado está por supuesto el hecho de que todos nuestros modelos de desarrollo son subsidiados y elitistas: solo para unos pocos, y casi siempre los mismos. Hay que reconocer que los subsidios son indispensables para el grueso de nuestras exportaciones, que dependen del 3 por ciento de las empresas -las de zona franca- y que casi todo el mundo subsidia. Pero antes de pensar en un subsidio disfrazado para burlar el plazo de la OMC, era mejor obedecerla y darle el subsidio a todo el mundo en la forma de menores costos de producción, en vez de seguir privilegiando a un grupito. Sólo que eso es imposible, porque requiere una reforma estructural. Para no hacerla, seguiremos privilegiando a un grupito, y dependiendo de la factoría o el enclave que lamentan los enemigos de la reforma.

Ni qué decir que todos los expositores y analistas del *hype* se consideran puro capital humano; y si le preguntamos al autor de Impulso, él es Capital Humano N° 1: un genio que no merecemos. Arruinó sus empresas -agrícolas- por hacernos el favor de gobernarnos, y saldrá a buscar trabajo en el extranjero para que no digamos que usa sus influencias. Irá, donde van todos los políticos a descampar: a una institución internacional; excepto cuando tienen aquí una cosa buena, como otro señorón en la Asamblea, que se lamenta de ganar allí en un mes lo que en su bufete se embolsaba en un día; este no corre ningún riesgo de mostrar su ineficiencia como empresario agrícola.

Mercado y fascismo

Por razón de esta inquietante cara fascistoide, pospuse mi ensayo sobre el mercado de verdad, cuando oí a los locutores del éxodo chileno de

Radio Netherland -el otro polo hiperbólico- comentando un ensayo que Marcuse escribió en 1945 llamado *Estado e Individuo Bajo el Nacional Socialismo*, que, según ellos, cobraba actualidad con la globalización, cuando el gran capital hace una simbiosis con el estado parecida a la que Marcuse señaló. En esta era de las comunicaciones instantáneas y la alta tecnología, sólo me tomó 4 meses conseguir el ensayo, y \$32 por los derechos de autor (Herbert se estará revolviendo en la tumba), y la copia, más barata, que pedimos por medio de la Asamblea Legislativa a la Biblioteca del Congreso, un año antes, no llegó nunca (eficiencia), pero el ensayo sólo se refería a lo que su título proclama, y la alianza de las grandes empresas con el gobierno de Hitler ya se daba antes con el del Kaiser, como se da ahora en todas las naciones industriales, democráticas o despóticas. El lado fascistoide de lo que ahora se escucha, con insistencia inquietante, es lo de la empresariedad, la productividad, la eficiencia, la ventaja competitiva, la alta tecnología, el recurso humano, y el capital humano; así como una comparación con la sobrevivencia del más apto como garantía de evolución, con esa concepción simplista de que evolución significa progreso hacia algo más sofisticado o, según dicen, lo más espiritualizado; aunque el consumismo no pensará seguramente en una cristosfera.

Debemos reconocer una buena aplicación local de la alta tecnología: el Registro Público tiene ya un servicio para que podamos chequear diariamente si todavía no nos han robado la propiedad los agentes privados, cuya fe pública les da el derecho de traspasarlas sin permiso del dueño.

Pero no permitamos que nos domine la amargura, aunque tengamos motivos de sobra, y sigamos con *el mercado*.

Según se nos dice, el mercado se basa en la competencia y la sobrevivencia del más apto, aunque aquí la definición no nos diga el más apto para qué. Y es ahí donde está todo el intringulis: es eso lo que explica la simbiosis de las grandes corporaciones con sus estados; el uso de la ciencia y la tecnología pagada con fondos públicos para darles monopolios; la fusión y la concentración de la oferta que permite evitar el ventarrón Schumpeteriano de la destrucción creativa; la alianza estratégica y el cartel; la automatización que prescinde de los empleos y deja a la gente afuera del capital humano; el uso de barreras no arancelarias como la cláusula social, la ambiental y la inocuidad de los alimentos; el privilegio del capital financiero con crecimiento garantizado; el oximoron del desarrollo sostenible; y la publicidad que determina la demanda. También explica la existencia de 20 mil páginas de regulaciones y especificaciones en la OMC. Pero estamos tan convencidos por la retórica, que se hace una campaña, por ejemplo, para introducir el verdadero concepto del mercado en café: se debe comprar y vender en *firme* en Costa Rica, donde manejamos el 1% de la oferta, mientras cuatro torrefactores tienen el 90% de la demanda en Nueva York, Londres y Hamburgo. Sería ingenuo no advertir que en este intento están los pequeños socios comerciales locales de aquellos grandes intermediadores, pero no todo es mal intencionado, pues también está aquí la ideología, y los principios no son negociables para los moralistas; aunque generalmente se meten en un convento y no en el mercado.

Claro que nosotros no vamos a competir en café, porque tenemos un per cápita de 5.000 dólares y Vietnam uno de 400. Nosotros vamos a competir en *high tech*. Para eso contamos ya con 0.5 científicos por cada 1.000 habitantes; lo que no es tan malo si consideramos que los gringos tienen 85. Y para eso le dedicamos el 0.3% de nuestro PIB a la investigación científica; lo que tampoco es tan malo, si consideramos que los gringos le dedican el 4% del de ellos. O que Centroamérica tiene todavía menos, y se tiene que contentar con la ventaja comparativa de vender mano de obra barata; aquí preferimos no venderla; que lo digan los empleados de Bali. Y no se crea que por eso los vamos a dejar que se mueran de hambre: para eso tenemos las *Lex Frumentaria*: el bono alimentario y el de la vivienda, y 100 mil millones anuales de asignación con cargo al presupuesto; por lo que la mitad de eso tiene *contenido*, y podemos garantizar que por lo menos 20.000 millones sí llegan a los *üntermenchen*. Ahora se va a poder tramitar el bono por correo, y pronto por *E mail*; aunque todavía se les ira la mitad en pagar permisos-servicios.

Debo advertir al lector que el autor de este análisis no está engranado en el 4:3 ni en la *res publica*, por lo que no *fildea* la alternabilidad como diputado, embajador, ministro, consultor, defensor de los habitantes, magistrado, o guardia rural. Pero cuando uno ve una *olomina* (digamos un *guppy*) en el anzuelo del que se jacta de que pescó una ballena, no hay más remedio que reírse. Aunque debo reconocer que hay aquí una buena dosis de nostalgia. El modelo hiperbólico del progreso eco-

nómico descartó ya muchas cosas que la oferta y la demanda deberían conservar: la escuelita de pueblo que se cierra porque dicen que es más barato llevar a esos niños en bus hasta la ciudad más cercana; el mercado de pueblo que tiene que cerrar obligando a la gente a viajar al supermercado de la ciudad más cercana, porque al mecanismo de intermediación no le paga darle el servicio de abastecimiento; o la tienda de *ma y pa* que debe cerrar porque el esnobismo se lleva su clientela hacia el *mall*; todo lo cual aumenta el tránsito, congestiona los caminos, depleta los recursos, contamina, y le quita resistencia al sistema. La gran finca de precisión puede tener sus máquinas conectadas a un satélite, pero detrás de las máquinas va un montón de braceros mejicanos que no se mencionan.

La retórica *hype* desprecia todo lo que son bienes, aunque de esos es que depende ahora para tener presencia en *el mercado*, a pesar de las críticas de la OMC porque no ponemos allí los servicios, lo que eluden cuidadosamente en el informe del gobierno. Pero es en los servicios donde está el futuro según dicen. No en producir acero, petróleo, sustancias químicas, telas, materiales de construcción, vehículos, etc., sino en dar servicios.

Ahora la pregunta obligada es ¿cuáles servicios? Ya sabemos que el capital humano nos proporcionará un montón de *nerds* pegados de sus computadoras, programando y transmitiendo información. Pero en esto está también todo el resto del mundo, y especialmente los países que pueden vender ese servicio más barato, como la India... y nosotros. Pero no revolquemos esto mucho porque cae en el despreciable cajón de la ventaja comparativa, y la que queremos es com-pe-ti-ti-va ¿me entiende? Como tenemos 20.000 abogados y otros tantos médicos y otros tantos agrónomos, e ingenieros, podríamos vender servicios legales, médicos, agronómicos, etc. Pero para eso tendríamos que quitarles la protección aduanal y deshacer los colegios, y el riesgo es que de repente hay países que nos pueden vender todos esos servicios más baratos, como Rusia, India, China... o Nicaragua. Además, como no escapará a las personas consistentes, casi todo eso se puede automatizar, dejando redundantes a sus vendedores y pasando los servicios al dominio de los *nerds*, con mayor concentración del capital humano; y más fondos para la *Lex Frumentaria*. Aunque el analista económico libertario insiste en que los cinturones de miseria se deben a nuestro proteccionismo agrícola, y un amigo que practica la *metafísica americana*, los atribuye a falta de pensamiento positivo.

No le quedan muchos servicios que contar a un plebeyo sin capital humano como yo, aunque sé que los servicios se pueden crear, se pueden inventar, y la publicidad les puede crear demanda. Pero claro que nos queda el problema de quiénes van a ser los compradores en un esquema que no gotea; o peor aún, uno que combate el goteo. Lo tendrán que consumir todo los *nerds*.

Me doy cuenta de que me faltan los servicios que podríamos llamar personales: puedo ir a la peluquería de la esquina y pagar 1.000 colones, o puedo ir donde D'Corrongo y pagar 20.000; a lo mejor me presta otros servicios. Igual pasa con el turismo, que es ahora nuestra principal fuente de divisas, aunque lo tratemos a la patada, y la eficiencia nacional no haya alcanzado el nivel de ponerle señales a los caminos; menos pavimentarlos. Entiendo que en el aeropuerto ya no tienen que salir todos por la puerta N°1.

Al turismo se le pueden dar servicios mucho más allá de enseñarle los palos. De hecho, ya mismo se les dan, pues clasificar como blancos es una ventaja com-pe-ti-ti-va, aunque dada la hipocresía que nos demanda la isleta paradisíaca y el exceso regulatorio, todos esos servicios caen en la economía informal -un renglón que trataremos más adelante-. El hecho es que esa plata sí queda aquí, que es más de lo que podemos decir de INTEL.

Esta economía de servicios es tan informal que el mismo presidente la subestima, atribuyéndole su actividad a cuatro niñas, donde los expertos cuentan centenares. Por cierto, que aquí se ha manifestado una especie de machismo negativo, pues a todos preocupan mucho esas niñas -menos a sus padres- y nadie mencionó a los niños, que prestan el servicio en número igual.

Solo que yo tampoco cantaré victoria con la seguridad laboral de todo este talento, pues entiendo que también se puede automatizar, y que la realidad virtual lo sustituye de película; así es que: otro tanto para los *nerds*, y para el incremento de nuestro capital humano.

Está claro que tenemos aquí un engranaje incorrecto a la agenda global, y que, si esta tiene contradicciones flagrantes, nuestro engranaje es peor. De repente lo que está operando en el mundo subde-

sarrollado es una mecanismo natural para liberar al planeta de una plaga que hasta ahora había resultado incontrolable; una especie de sillas musicales. Pero claro que cuando se impongan los *checks and balances*, los *nerds* se tendrán que hacer labriegos, pues la realidad virtual no llena la panza. Digamos que entonces aterrizaremos, aunque sea de panzazo.

Pero todos estos remilgos *anti materia* de quienes ven la producción futura *espiritualizada* en los servicios de la comunicación y el conocimiento son absurdos. Los bienes siguen siendo más importantes que los servicios.

Aun en el estado calamitoso de la distribución de los bienes que tenemos en Costa Rica, todos gozamos ahora de una mayor cantidad de bienes que en el pasado, como podemos atestiguar quienes de niños andábamos descalzos y vestidos con la ropa que nos hacía la mamá y la abuela con los sacos de manta desteñidos. La distribución es una cosa, y la cantidad por distribuir otra.

Es quizá este hartazgo el que nos hace deplorar y despreciar los bienes y añorar y sobrevalorar los servicios; una conducta mucho más manifiesta en los más ricos, que son también los analistas y los que trazan las políticas. Pero cuando estos analistas hacen sus análisis, ignoran, quizá deliberadamente, que los hechos no lo soportan. Piensan que la producción de acero ya no es importante para la economía global, porque allí están todas esas fundiciones abandonadas en la faja del herrumbre de los países industriales, pero ignoran que eso es porque la tecnología hizo ahora posibles los hornos pequeños (los que Mao proponía para los patios de las casas en su propio Gran Salto). Aunque es verdad que provocaron gran redundancia, y la desaparición de los sindicatos laborales del acero. Además, muchas de las industrias *sucias* han pasado de los EE.UU, Europa y Japón, a China, Brasil, y la India, aprovechando la ventaja comparativa, de lo que esos países están contentos; es decir, esas industrias todavía están en el mundo; en el globo. Y es tal vez este el lugar para citar a un hombre sabio de hace 2.000 años: *A los pobres siempre los tendréis con vosotros*; lo que no puede usarse para impedir el goteo, sin contradecir el paradigma.

Este es un lugar adecuado para hacer la reflexión que yo llamo desde hace medio siglo *la máquina universal*. Es teóricamente posible pensar en una máquina que lo produce todo. Es cuestión de echarle la materia prima, que siempre será barata porque hay muchos productores, aunque también podría ser que la máquina la *transcriba*, y prescindir de ellos. Lógicamente que el dueño de la máquina no le podrá vender su producción a nadie porque nadie tiene empleo, ni plata, y que eso volverá a demandar la intervención del Estado. ¿Qué van a hacer todo ese montón de vagos entonces?, es algo que rebasa con mucho el campo de la economía; a pesar de las simplificaciones de monsieur Bastiat ridiculizando a Robinson Crusoe porque continuó fabricando una *tablada* a pesar de que venía una flotando. Y a pesar de todas las fórmulas matemáticas con que un economista local mide todo el bienestar que se pierde por nuestra tonta, *immoral* oposición a aceptar los alimentos regalados. ¿Qué iba a hacer si no el pobre Robinson para *estructurar* su tiempo? Estructurar nuestro tiempo es lo único que podemos hacer con la cuota que Dios nos dio, según una idea muy razonable del Análisis Transnacional, y tal vez por eso es que somos tan inclinados al comercio. Pero no reclamo derechos de autor para esta idea de la máquina universal, y no me la plagió John Mc Donald, en "The Girl in the Plain Brown Wrapper" 1968:

Nobody looks far enough down the road we're going. Someday one man at a big button board can do all the industrial production for the whole country by operating the machines that make the machines that design and make the rest of the machines. Then where is the myth about anybody who wants a job being able to find it? And if the black man demands that Big Uncle take care of him in the style the hucksters render so desirable, then it's a sideways return to slavery.

Nadie ve bastante lejos por el camino que vamos. Un día un hombre en un tablero puede hacer toda la producción industrial del país, operando las máquinas que hacen las máquinas que diseñan y fabrican el resto de las máquinas. Entonces ¿dónde queda el mito de que cualquiera encuentra empleo si lo desea? Y si el hombre negro demanda que el hermano mayor se haga cargo de él en el estilo que los vendedores presentan tan deseable, entonces es un retorno lateral a la esclavitud.

Del desarrollo sostenible

Hay otro aspecto muy divertido en este paradigma del crecimiento constante y el consumo conspicuo: la sostenibilidad. El crecimiento es infinito; no hay agotamiento de los recursos ni límite ambiental, porque se ha descubierto un truco

mediante el cual el ambiente se mejora entre más crece la economía: se llama sinergia. El idioma inglés tiene una expresión todavía mejor: *wishfull thinking*: parecido a la granjera que hacía planes con la canasta de huevos que llevaba en la cabeza. El hombre sabe resolver muchísimos problemas con su tecnología. Pero también sabemos que la solución de cada problema crea otros. No estamos lamentando nuestro destino; sólo lo estamos reconociendo y aceptando.

Y si el optimismo temerario es una de las facetas del paradigma del mercado global, también alcanza este aquí su grado más extremo. Resulta que se está proponiendo privatizar las especies silvestres como manera no ya sólo de salvarlas de la extinción a que las tenía condenadas el crecimiento humano, sino como modo de aumentar sus poblaciones pues, como se explica: si el hombre tomó una especie como las vacas y siendo suya le aumentó su densidad de población enormemente, eso mismo se puede hacer con las ballenas. Y también con los elefantes, los leones y los tigres, los rinocerontes, y la tortuga verde: ¡privatizarlos! No veo porqué excluir de este esquema a las pulgas, los piojos, las garrapatas, la viruela o el SIDA, pero eso es por mi manía de conservar el ambiente como Dios lo hizo en vez de mejorárselo, como él nos ordenó, cuando nos dijo:

Cojan todo eso que les he dado para que crezcan y se multipliquen, y adminístrenlo con las mejores técnicas empresariales para aumentarlo

lo que ha de haber supuesto la eliminación de las pulgas y los piojos. Pero me confieso incapaz de resolver el conflicto con los leones y los tigres, lo que solo demuestra mi incapacidad empresarial, y el hecho de que no manejo la sinergia.

El mercado, el bazar, o el souk

Con toda la amargura que nos produce la comedia de nuestra globalización -una mala tragedia da risa, pero una mala comedia da ganas de llorar- nos fuimos una mañana temprano a caminar y nos encontramos, ¿adivine qué?: el mercado. Tal vez deberíamos decir que lo volvimos a encontrar y que solo lo habíamos perdido por la retórica de todos esos expertos que pretenden que el mercado es la OMC. ¿Para qué necesita 20,000 páginas de regulaciones la libertad de comercio? Sabíamos muy bien que eso no es un mercado, pero como sólo esa dieta tenemos, habíamos terminado por creer que el mercado no existe. Pero ¿qué son estos miles de tenderos o trameros de la calle 8 y sus alrededores? ¿De dónde vienen esos miles de carritos? ¿Qué son esos armatostes en la acera que se empiezan a abrir para la venta? ¿Y todas esas mujeres con canastas? Aquí hay de todo lo que la humanidad necesita: comidas calientes, frutas, y verduras, ropa, imágenes de santos, muñequitas de budú, nidos de macuá y polvos para toda clase de encantamientos, herramientas nuevas y usadas, cosméticos indistinguibles de los caros en "el *mall* de los pobres", y claro, droga, como en el mercado global; y sexo. ¿No es que la cosa se gobierna por la ley de la oferta y la demanda? Entre usted en una tienda de ropa usada que según dicen los maquileros locales se importa a precio de *chucas* y podrá usted constatar que también se vende a precios de *chucas*; y ¡de excelente calidad! Según me dicen los patólogos, no hay ningún riesgo de contagios, y aunque algunos no la compren por las malas vibraciones que el dueño anterior les pueda haber transmitido, el riesgo en que incurrió este regalándola o vendiéndola a precio de *chucas* es recíproco, pues nada puede impedir que esas vibraciones viajen en sentido contrario y le lleguen las del comprador: idem con el auto, pero el esnobismo y la superstición son lujos de rico; o de tonto.

Viendo ese hormigueo empresarial -que por cierto tenemos también en la feria del agricultor, igualmente perseguida- pensé que son estos los que observó Adam Smith creando la mano invisible. Estos son los que crean un equilibrio resistente con sus miles de transacciones inmanoseables: las retroalimentaciones de la homeostasis. Y que los del mercado global; los del exportador con subsidios; los que importan productos subsidiados; las grandes corporaciones que usan la inversión pública para su investigación científica, sus patentes, su publicidad y sus negocios en el extranjero, son la Compañía de las Indias Orientales, que no tenía cabida en el esquema clásico. Pero que no da cabida a nadie más en el neoliberal, o digamos con mayor justicia, en el Consenso Washington y la OMC. En suma, la mano visible, desinhibidamente intervencionista. La mano peluda.

La calle 8 es el mercado proteico, el arquetipo de donde se pueden hacer los saltos cuánticos -que todos deseamos-, según el desarrollo de la ciencia y la tecnología, pero estas no son las que crean el mercado. Y si al dar el salto se pierden los *checks and balances*, también se pierde el mercado. Un superministro neozelandés nos decía que, si el monopolio no es por ley sino por eficiencia,

desaparece el momento de que alguien sea más eficiente -el ventarrón destructivo- y una proposición difícil de creer por el enorme poder del dinero, como lo prueba Microsoft. Es entonces imprescindible evitar que eso ocurra, y eso es lo que está ocurriendo en el proyecto de la OMC. No somos entonces sus enemigos quienes criticamos esa desnaturalización: somos sus amigos. Enemigos sí tiene el mercado, pero esa enemistad es primero contra el verdadero, por parte de aquellos que quieren otro vehículo para el poder, y uno puede entonces concluir que los del Consenso de Washington también son enemigos del mercado, y que lo son porque no es el mercado lo que quieren, sino el poder.

Esta estrategia de usar una polémica como vehículo es bien evidente entre los sacerdotes del nuevo culto, muchos de los cuales lo fueron también del culto anterior. Nos ha intrigado mucho observar cómo, en la discusión del problema de la deuda pública, una vertiente va por la reducción del gasto y la otra por el aumento de los impuestos. Pero no toman una los estatistas, y la otra los liberales; la inclinación depende de si la persona es un productor, o vive del erario público. El neo liberal en el negocio de gobernar no trasciende los límites de la parroquia cuando la solución global implica renunciar a su *señorío*; como en el caso de la dolarización, que lo privaría del derecho de ponernos los impuestos de todos modos en la forma de inflación, mediante la falsificación *señorial* del dinero. Y a la hora de ponernos más carga tributaria, según lo demanda el nuevo cálculo del PIB hecho por ellos mismos, socialistas y neoliberales estatistas están del bracetete, porque usan el mismo sombrero: de hecho, el 4:3 no ha sufrido aquí nada con la globalización; no todavía.

Esta conveniencia oportunista se puede ver en casi todas las polémicas, donde la cuestión no es realmente lo que se discute, sino el poder que proporcionan los alineamientos o vertientes de la discusión. Como cuando se pelean guerras por la paz y la democracia; como cuando en el siglo XIV las órdenes religiosas discutían si era lícita la propiedad de los bienes o sólo su uso, y la pugna real era entre los seguidores del papa y los del emperador. Como cuando en el siglo XVII se discutía la veracidad o la herejía del sistema heliocéntrico, pero la pugna real era entre los matemáticos laicos y los teólogos empeñados en mantener el poder, aunque estos eran perfectamente capaces de construir un tiovivo.

Como cuando en el siglo antepasado, y aún ahora, se discutía una evolución que ponía al blanco occidental en la cúspide, y los comunistas optaron por el lamarckismo, que no está ayuno de evidencia. Como cuando todo el establecimiento científico se volcó contra Velikovsky por las conclusiones cosmológicas a que llegó del estudio de textos antiguos, lo que The Daily Pricetonian resumió así:

lo que el affair pone bien claro es que las teorías científicas no se mantienen sólo por las verdades que involucran, sino también por los intereses creados que representan para quienes las sostienen.

Como cuando los métodos de cultivo "orgánico" se transforman en una religión con una casta sacerdotal que goza ahora de posiciones de privilegio en ambas vertientes, según quien les paga.

Se puede enunciar un principio: "las ideas están en el sombrero". Cuando te cambias de sombrero cambias de opinión. Ahora la discusión más importante es sobre el mercado, y a ninguno de los dos bandos le importa un pito el mercado, sino la hegemonía y el vagón del poder. A quienes si estamos interesados en el mercado no nos quiere ninguno de los dos bandos, y ambos nos acusan de pertenecer al otro.

Unos días después de nuestro hallazgo del mercado, vimos en el periódico de la élite -donde nos dan las recetas con caviar y champán- un suplemento sobre la calle 8, y lo empezamos a leer con avidez pensando que otros también se hubieran dado cuenta del mercado, pero se refería a la calle 8 ¡de Miami!

Y luego vimos otro que se refería a un conjunto de *rock* que tomaba su nombre de aquella misma calle, en Miami: el mercado global: esa gente alta, bien parecida, saludable, alegre, y optimista como requiere el paradigma. Pero estos de nuestra calle 8 son enclenques, desgarrados, y enfermos. Contentos sí están, pero no con ese brillo plástico de Hollywood. Y no se deje usted engañar por las apariencias: ese es nuestro *stock*. Tienen sí una mirada huidiza y desconfiada, pero eso es por la persecución de que aquí es objeto el comercio. El primer día que puse los pies en San Salvador, en 1956, presencié un *pogrom* anti vendedoras informales, que allí eran principalmente mujeres. La policía las perseguía, les botaba su mercancía, y

las metía a empujones en los camiones enrejados. Al día siguiente los titulares anunciaban "gran redada de vendedoras ambulantes", y ocho días después todas estaban de nuevo en sus puestos. Pero el fenómeno recurría con una periodicidad incapaz de reconocer la realidad de la economía del país.

Hace dos años tuve que bajar en San Salvador por la niebla de Tegucigalpa y los titulares del periódico decían "gran redada de vendedoras ambulantes". -Como si no hubieran pasado 45 años- le dije a un amigo con nostalgia. Antes de eso yo compraba la ropa mojada en las calles de Guayaquil por la mitad del precio, lo que se permitía cuando una tienda se quemaba. Y si no se habían quemado todas, era porque las que vendían al doble tenían asegurado el esnobismo de su clientela. ¡Lucky, tres un ayora! era el pregón de los chiquillos que vendían los cigarrillos de contrabando por las calles. Entiendo que muchos negocios grandes tienen aquí ramificaciones y alianzas con la economía informal, pero no los culpo: ese es el mercado, y hay que defenderse del parasitismo y la depredación, los controles, los permisos, los impuestos y las regulaciones. Cuando el Estado le declara la guerra, el mercado se hace subterráneo.

Eso pasa cuando los impuestólogos se lamentan de que esta economía informal *no contribuye*- estos no se dejan el impuesto de ventas porque no lo cobran- y se debe combatir. Es como el que decía que la luna es más importante que el sol porque alumbra de noche, que es cuando se necesita; o como decir que el trabajo de las amas de casa y las madres no tiene importancia para la economía. Una subestimación parecida sufre los agricultores campesinos, productores de la comida para cuatro quintas partes de la humanidad, pero despreciados por no tener empresariedad y eficiencia. No hay ningún gobierno tico que haya sido capaz de siquiera coordinar su política agraria con la organización gremial agraria. ¡Qué digo! Ninguno que haya tenido una política agraria. Un ministro reciente -que hablaba un inglés quebrado- aseguraba que lo que necesitan es comprarse una computadora y aprender inglés. Ya vemos cómo es imposible escribir sobre el mercado en español sin usar un montón de palabras del inglés. Sólo nos falta terminar diciendo como en el norte: "aguaitate, que mande el yadero a la marketa, a comprar las grocerías". Pero ese no sería el peor efecto de la receta del ministro, sino su fracaso; porque es una tontería.

Se hace necesario entonces revisar el concepto mismo de eficiencia; no solo para incluir las externalidades al comparar la agricultura campesina con la industrial, como demanda la sostenibilidad; sino por comparación con las otras actividades de nuestra sociedad; para que no sea un caso de "el comal le dice a la cazuela". El cargo de ineficiencia contra el agricultor campesino-a quien de ajuste confunden con el peón agrícola- es aquí muy común, y lo hace una sociedad que tiene las calles y los caminos llenos de huecos y sin señales y un tapón urbano de una esquina se conserva por décadas, (¿Ha visto Ud. el del Mall Don Pancho en Moravia?) Una sociedad que tiene un tránsito imposible y criminal, con el segundo lugar mundial en muertos y pocos carros, porque los usa como arma de agresión; una sociedad que no tiene puertos, donde el AyA nos quita el agua tres días sin decir *agua no va*; donde este mismo destroza invariablemente las calles que otro acaba de pavimentar; donde la corriente eléctrica se va a cada rato arruinando los equipos; donde una cita médica tarda un año; donde nos ahogamos en trámites absurdos que se cuentan como servicios; donde tenemos un Registro Público con las propiedades en manos de profesionales privados que las traspasan sin conocimiento de sus dueños; donde un chofer oficial nos propone una movida para urbanizar nuestra finca por medio del negocio de dos diputados de los dos partidos, o una para venderle libros a la biblioteca de nuestro pueblo; donde un juicio dura seis años; donde se adopta un modelo de desarrollo atolondrado y discriminatorio tras otro, etc. Ganaríamos mucho si entendemos que aquí todos somos ineficientes.

Combatir la economía informal porque nos identifica como sociedad subdesarrollada es tan absurdo como combatir la agricultura campesina por *ineficiente* y los refugiados de los dos combates se potencian sinérgicamente en los anillos de miseria: es el vicio común de poner la carreta delante de los bueyes. Si Ud. cree que este es un juicio jeremiano quejumbroso, yo le puedo asegurar que hacerlo es muy divertido, y lo invito a que lo constate; para lo cual tiene Ud. que dejar la compañía de monsieur Chauve, quien cree que hay que darle gracias a Dios porque aquí vivimos en Jauja. Y recordando las instrucciones de Dios que he visto recientemente en las páginas editoriales del periódico elitista -donde un connotado economista nacional reinterpreta el génesis para adaptar lo que Dios nos dijo,

a los preceptos empresariales de la escuela de administración de negocio- pienso que si Dios quisiera contestarnos el agradecimiento por no haber nacido en Rwanda, Chechenia, Palestina... o Nicaragua, es muy probable que nos regañaría:

sí, pero no sean ustedes desvergonzados, si no administran bien su país, reconociendo y corrigiendo sus faltas, se les puede volver como esos.

De la corrupción

Tenemos un capítulo negro al que no se le puede encontrar nada divertido: el de la corrupción, que todo el mundo considera ahora como uno de los principales obstáculos para el desarrollo económico. La vimos por primera vez en toda su horripilancia hace 30 años, cuando un ministro vendió a una transnacional una patente injustificable que no quiso enmendar el Sr. presidente -gran ambientalista constructor de parques, sustrayéndole la tierra a sus dueños legítimos. El juicio contra el Estado para que enmendara el error se perdió porque el abogado, comercialista eminentísimo, dejó vencer el plazo. Y en el juicio ordinario irremediable se perjuraron desvergonzadamente dos colegios profesionales avalando los peritajes contradictorios de sus afiliados; apoyando a quien les pagaba el peritaje. El Ministerio de Justicia del siguiente gobierno no quiso hacer ningún caso de los informes del *Securities and Exchange Commission* declarando los sobornos de la transnacional en Costa Rica por centenares de miles de dólares, y el gerente de una gran institución estatal -y expresidente de la corporación en cuestión- emitió un certificado de que la patente en referencia no confería monopolio y citó cinco nombres bajo los cuales se vendía el producto, sin aclarar que todos eran de la misma compañía. La vimos en las mordidas -o las dilaciones- que teníamos que pagar cada vez que importábamos un agroquímico. La vimos cuando tuvimos que sufrir un juicio por difamación por una carta que escribimos a un ministerio denunciando el fraude bien comprobado de un exportador de bananos "orgánicos", cuyo CAT tampoco pudimos investigar porque la empresa estaba bien protegida por el 4-3. Vemos la corrupción cuando los administradores de nombramiento político quiebran un banco estatal, y cuando se roban miles de millones del fondo de asistencia social, y cuando un diputado vende al estado una finca por varias veces el precio de compra, y cuando un presidente puso una agencia de bienes raíces para venderle al ITCO bien caras las peñas en que este hacía luego los asentamientos, y cuando un Presidente le perdonó las deudas bancarias al expresidente que lo ayudó a pesar de ser del otro partido ("lo barren, lo barren"). Ese hombre gastaba sumas prodigiosas de fondos públicos en confites.

Tenemos por cierto otra gran parte de la economía subterránea en el lavado de dinero que importa el 2% del PIB mundial con \$500 mil millones anuales y que se hace principalmente por medio de la banca, que es la más respetable institución de la globalización y la más privilegiada, *for money grows like 2,4,6, while product does like 1, 2, 3*. Y una enorme contradicción del gobierno americano, el principal expositor del mercado, proponiendo que los coccaleros siembren cultivos cuya demanda ellos arruinan con excedentes subsidiados, mientras encogen la oferta de la coca gastando decenas de miles de millones de dólares anuales en combatirla, y negando a los coccaleros un subsidio mucho más barato de \$2000 anuales si la dejan de sembrar.

Vemos la corrupción cuando los tribunales enjuician y condenan al que denuncia, y no al que delinque. La vemos cuando los tribunales jamás condenan a ningún pez gordo. La vemos cuando la carretera nueva no dura dos años. La vemos cuando los poderosos no reaccionan ante las acusaciones de su mala conducta explicando su actuación, sino retando al acusador para que los lleve a los tribunales, donde saben perfectamente bien que no les va a pasar nada. La vemos cuando los políticos llenan todos los puestos con sus familiares. La vemos cuando los profesionales tienen un consultorio o un laboratorio a la par del hospital donde trabajan, ganando dedicación exclusiva. La vemos cuando un taller nos cobra decenas de miles por arreglar un aparato al que le hemos dañado un fusible. La vemos cuando todas las casas parecen prisiones cubiertas de rejas.

La pregunta es entonces ¿puede una sociedad tan corrupta incorporarse a un mercado que demanda necesariamente un cierto mínimo de confianza? Una sociedad con un PRI no puede, pero si el PRI era un 4:4, un 4:3 es todavía peor, porque tiene el disfraz de la respetabilidad.

No sería correcto callar que se empieza a ver una esperanza. Los periodistas denuncian con frecuencia los casos más flagrantes de corrupción de los funcionarios públicos, y están muy en entredicho las leyes que impiden toda denuncia de corrupción alegando que lo hacen para defender el

honor de las personas. Ni estaría bien ignorar que esto es el resultado del esfuerzo de unas pocas personas, como tampoco se debe callar que los mismos medios no nos dan el derecho de respuesta, aun cuando se nos ha nombrado expresamente, lo cual es parte del mismo mal.

El caso del Registro de la Propiedad ya no admite más negativas, pretextos, ni dilaciones. Las propiedades cambian allí de manos sin ningún control ni responsabilidad estatal, la que se ha delegado en la *fe pública* de abogados y topógrafos privados; supuestamente bajo la disciplina de sus colegios, que la ley tica no considera gremios laborales, por lo que sus servicios no se pueden poner en el mercado, y en donde la mala práctica se alcahuetea abiertamente -ya se ha demostrado que "los ladrones no están en la calle". Tienen cómplices adentro. Pero también aquí se empieza a notar un cambio, y se debe igualmente a unas pocas personas, entre las que me incluyo.

Reconozcamos entonces que sí es posible que Costa Rica adquiera el mínimo de honorabilidad necesario para que a uno lo dejen entrar al mercado con los engranajes adecuados, y que sólo así puede adquirir uno el derecho de corregirle sus fallas.

Epílogo

No creo que sea un paso atrás esta apología del mercado, o la censura del comercio administrado—y mal administrado—en que insisten los apóstoles de la globalización. Tampoco es un paso atrás señalar que en Costa Rica se pretende una incorporación incorrecta y parcial. Se trata de un deseo de rectificación. Aunque debo reconocer que toda mi evaluación es *supra crepida*; algo así como un ejercicio ilegal de la profesión de economista, que como las demás, no entra al mercado. Sólo que cuando el cuadro entero está tan desdibujado, los zapateros no pueden evitar darse cuenta de que también está malo lo de arriba. Pero hay otra explicación: que uno no puede resistir la tentación de pinchar un pomposo balón antes de que reviente solo.